

Así como Fausto lo ha sondeado todo en la ciencia, Napoleón lo ha agotado todo en política; y así como Mefistófeles perdió á Fausto diciéndole: «¡Aun más!... ¡aun más!», Talleyrand perdió á Napoleón diciéndole: «¡Siempre!... ¡siempre!»

Así también, como cuando Fausto, en sus momentos de hastío, intentaba librarse de Mefistófeles, Napoleón, en sus horas de duda, trata de librarse de Talleyrand; pero como si estuvieran enlazados uno á otro por un pacto infernal, no quedaron separados hasta que el alma del soñador, del poeta, del conquistador, ¡cayó al abismo!

Puede ser que de los tres personajes llamados por el emperador, aquel á quien palpitaba más fuerte el corazón era al señor de Talleyrand; pero, con toda seguridad, era el que se presentaba con aspecto más sonriente.

Napoleón le miró con una especie de estremecimiento nervioso; luego, extendiendo la mano para que no pasara más adelante en su gabinete: —Príncipe de Benevento,— le dijo,—sólo he de decir dos palabras. Lo que más de- testado en el mundo son las personas que me desacreditan; son las personas que para desacreditarme se desacreditan á sí mismas. Vos esparcís por todas partes que habéis sido ajeno á la muerte del duque de Enghien; por todas partes decís que habéis sido ajeno á la guerra de España. ¿Ajeno á la muerte del duque de Enghien? ¿Me la habéis aconsejado por escrito! ¿Ajeno á la guerra de España? ¿Guardo las cartas en las cuales me conjuráis á que reanude la política de Luis XIV! Señor de Talleyrand, la falta de memoria es un gran defecto á mis ojos: mañana me restituiréis vuestra llave de chambelán, que no sólo tiene ya destino, sino que está concedida desde ahora al señor de Montesquieu.

Y sin añadir una palabra más, sin despedirse del príncipe, sin esperar su saludo, Napoleón salió por la puerta que conducía á las habitaciones de Josefina.

El señor de Talleyrand vaciló como el día que, en las gradas de la iglesia de San Dionisio, Maubreuil le derribó de una bofetada; pero, esta vez, el choque sólo conmovió su fortuna, y el gran chambelán contaba, como Mefistófeles, con Satanás para que le restituyera aun más de lo que había perdido.

Y ahora recordemos que, aquella misma noche, Napoleón había dicho á Cambacérès que antes de terminar abril se hallaría en el Danubio con 400,000 hombres; he aquí por qué por la mañana del 17 de abril toda la población de

Donauwörth se hallaba en las calles y plazas de la ciudad. Esperaba á Napoleón.

III

Los gemelos

Hacia las nueve de la mañana determinóse un gran movimiento en la muchedumbre, y algunos gritos, corriendo, como un reguero de pólvora, de un extremo á otro de la calle Dillingen, hacia el centro de la ciudad, anunciaron que ocurría alguna novedad.

Lo que ocurría es que llegaba un correo con librea verde, galoneada de oro, precediendo al coche del emperador, que le seguía á media legua de distancia.

Franqueó rápidamente la calle de Dillingen, avisando con el látigo para que se apartasen; luego penetró en las tortuosas calles que suben hasta la ciudad alta, reapareció en la plaza del Castillo y se hundió en la maciza puerta de la antigua abadía de Santa Cruz, convertida en palacio real.

Allí se había preparado alojamiento para el emperador, y allí esperaba el general Berthier.

La llegada del correo, sin embargo, no sorprendió al príncipe de Neuchâtel: armado con un excelente anteojo de campaña, y subido en la plataforma de la abadía, había reconocido, diez minutos antes de la llegada del correo, los coches imperiales que avanzaban á escape por la carretera.

El 9 de abril el archiduque Carlos había mandado á Munich la carta siguiente, dirigida al general en jefe del ejército francés; la carta no contenía ninguna otra dirección. ¿Designaba así el archiduque Carlos á Napoleón, y para él, como para el abate Loriguet, el marqués de Bonaparte, era todavía el general en jefe de S. M. Luis XVIII? Si era así, hay que reconocer que el archiduque era testarudo. Sea quien fuere el general en jefe, el mariscal, el príncipe, el rey ó el emperador á quien designaba con aquel título, he aquí lo que la carta contenía:

«En vista de la declaración de S. M. el emperador de Austria, prevengo al señor general en jefe del ejército francés, que tengo orden de avanzar, con las tropas de mi mando, y de tratar como enemigas á todas las que me hagan resistencia.»

Esta carta estaba fechada el 9; el 12, por la tarde, el

emperador Napoleón, que se hallaba en las Tullerías, tuvo noticia, por despacho telegráfico, de este principio de hostilidades. Partió el 13, por la mañana, y el 16 llegó á Dillingen, donde halló al rey de Baviera, que había abandonado su capital, retrocediendo unas veinte leguas.

Cansado de setenta y dos horas de marcha, Napoleón se detuvo en Dillingen, para pasar la noche, y prometió al rey fugitivo llevarle antes de quince días á su capital.

A las siete de la mañana siguiente reanudó su marcha, queriendo, sin duda, recobrar aquella noche perdida, y llegaba á rienda suelta.

Atravesó como un relámpago las calles, ganó la pendiente de la montaña, sin detener el paso de los caballos, y puso pie á tierra en el patio del castillo, al pie de la escalinata donde le esperaba el general en jefe.

Napoleón no gustaba de largos cumplidos; dejó caer un «¡Buenos días, Berthier!», que el príncipe de Neuchâtel recogió gruñendo y royéndose las uñas, como de costumbre; hizo un signo con la mano al resto del Estado Mayor, y, guiado por unos diez domésticos, colocados á distancias, se lanzó hacia las habitaciones que le habían preparado.

Encima de una enorme mesa esperábase un gran mapa de Baviera, donde estaban indicados cada árbol, cada torrente, cada valle, cada aldea, hasta cada casa.

Napoleón corrió á la mesa, mientras que un ayudante abría y dejaba en un velador la cartera de viaje, y su ayuda de cámara sacaba la cama de su funda de cuero y la montaba en un ángulo del mismo salón.

—Bien,—dijo á Berthier, poniendo el dedo encima de Donauwörth, es decir, en el mismo sitio en que se hallaba;—¿estáis en comunicación con Davoust?

—Sí, señor,—respondió Berthier.

—¿Con Massena?

—Sí, señor.

—¿Con Oudinot?

—Sí, señor.

—Todo va bien, entonces. ¿Dónde están?

—El mariscal Davoust se halla en Ratisbona, el mariscal Massena y el general Oudinot están en Augsburgo; algunos oficiales enviados por ellos esperan á V. M. para darle noticias.

—¿Habéis enviado espías?

—Dos han vuelto ya; espero al tercero, el más hábil.

—¿Qué habéis dispuesto?

—He procurado, en lo posible, atenerme al plan de V. M., que es marchar en línea recta de Ratisbona á Viena, por la carretera del Danubio, mandando por el río los enfermos, los heridos y, en fin, toda la impedimenta.

—¿Está bien! No nos faltarán barcas: he mandado comprar todas las que hayan encontrado en los ríos y riachuelos de Baviera, y deben bajar por el Danubio á medida que vayan franqueando sus afluentes; además he tomado mil doscientos de mis mejores marineros de Boulogne para el caso que tengamos que librar alguna batalla en las islas. ¿Habéis mandado comprar palas y azadones?

—Cincuenta mil: ¿son suficientes?

—No nos sobrarán. En suma ¿qué es lo que habéis mandado desde el 13 por la tarde en que estáis aquí?

—En los primeros momentos mandé concentrar todas las tropas en Ratisbona...

—¿No recibisteis mi carta en la que os mandaba, por el contrario, reunir las en Augsburgo?

—Cierto; y en consecuencia di contraorden á Oudinot y á su cuerpo de ejército, que se habían puesto ya en camino; pero me ha parecido conveniente dejar á Davoust en Ratisbona.

—Entonces ¿el ejército se halla dividido en dos masas, una en Ratisbona y la otra en Augsburgo?

—Y los bávaros en medio.

—¿Ha habido choque en algún punto?

—Sí, señor: en Landshut.

—¿Entre...?

—Entre los austriacos y los bávaros.

—¿Qué división?

—La división Duroc.

—¿Se han portado bien los bávaros?

—Perfectamente, señor; sin embargo, han tenido que replegarse ante fuerzas cuatro veces mayores.

—¿Dónde están en este momento?

—Allí, señor, en el bosque de Dürnbach, protegidos por el Abens.

—¿Cuántos son?

—Unos veintisiete mil.

—Y el archiduque ¿dónde está?

—Entre el Isar y Ratisbona, señor; pero el país está tan cubierto, que es imposible tener informes positivos.

—Haced entrar al oficial que viene de parte del general Davoust.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Berthier transmitió la orden á un ayudante que abrió una puerta é introdujo á un joven oficial de cazadores á caballo, de unos veinticinco á veintiséis años de edad.

El emperador lanzó una rápida ojeada al recién llegado é hizo un movimiento de satisfacción: era imposible ver más apuesto y elegante caballero. —¿Venís de Ratisbona, teniente?—preguntó el emperador.

—Sí, Majestad,—respondió el joven oficial.

—¿A qué hora habéis salido?

—A la una de la madrugada, señor.

—¿Os envía Davoust?

—Sí, señor.

—¿En qué situación se hallaba en el momento de vuestra partida?

—Señor, tenía cuatro divisiones de infantería, una división de coraceros y una división de caballería ligera.

—¿En junto...?

—Unos cincuenta mil hombres, señor; hay que advertir que los generales Nansouty y Espagne, con la caballería pesada y una porción de la caballería ligera, y el general Demont con los cuartos batallones y el parque principal, han tomado por la izquierda del Danubio.

—Y la concentración alrededor de Ratisbona ¿se ha efectuado sin dificultad?

—Señor, las divisiones Gudin, Morant y Saint-Hilaire llegaron sin disparar un tiro; pero la división Friant, que les cubría, ha estado constantemente escaramuceando con el enemigo, y aun cuando haya destruído detrás de sí los puentes del Wils, es probable que el general Davoust sea hoy atacado en Ratisbona.

—¿Cuántas horas habéis empleado para venir de Ratisbona aquí?

—Siete horas, señor.

—¿Cuánto hay?

—Veintidós leguas.

—¿Os sentís muy cansado para volver á marchar dentro dos horas.

—Su Majestad sabe perfectamente que el cansancio no existe estando á su servicio. Denme otro caballo y marcharé cuando quiera Su Majestad.

—¿Vuestro nombre?

—El teniente Richard.

—Id á descansar dos horas, teniente; pero hallaos dispuesto para dentro de dos horas.

El teniente Richard saludó y salió.

En el mismo instante un edecán dijo algo en voz baja al general Berthier. —Haced entrar al enviado del general Massena,—dijo el emperador.

—Señor,—respondió Berthier,—no creo que sea necesario; le interrogué, enterándome de todo lo que era útil saber: Massena se halla en Augsburg con Oudinot, Mollitor, Boudet, los bávaros y los wurtembergueses, es decir, con noventa mil hombres poco más ó menos. Pero creo poseer algo mejor que ofrecer á V. M.

—¿Qué?

—Ha regresado el espía.

—¡Ah!

—Y ha atravesado las líneas austriacas.

—Hacedle entrar.

—V. M. sabe que esos hombres se niegan con frecuencia á hablar delante de varias personas.

—Dejadme solo con él.

—¿No teme V. M...?

—¿Qué he de temer?

—Se habla de iluminados, de fanáticos.

—Hacedle entrar en seguida, y leeré en sus ojos si me podéis dejar solo con él.

Berthier abrió una puertecita que daba paso á un gabinete, é hizo salir á un hombre de unos treinta años, vestido con traje de leñador de la Selva Negra.

El hombre dió algunos pasos por la estancia y se detuvo delante de Napoleón, haciendo el saludo militar:

—¡Que Dios guarde á V. M. de toda desventura!—dijo.

El emperador le miró. —¡Hola, hola! ¡Nos hallamos en país conocido, buen hombre!

—Señor, yo soy el que, la víspera de la batalla de Austerlitz, os di, en el campamento, informes sobre las posiciones del ejército ruso-austriaco.

—Informes exactísimos, tío Schlick.

—¡Ah! ¡Rayos y truenos!—exclamó el falso leñador, empleando el juramento más usado entre los alemanes.—¡El emperador me reconoce! Así, todo va bien.

—Sí,—dijo el emperador;—todo va bien.

Y, haciendo una seña al jefe de Estado Mayor:

—Creo que me podéis dejar solo, sin inconveniente, con este hombre,—dijo.

Probablemente el príncipe de Neuchâtel opinaba lo

mismo, porque se retiró con sus ayudantes sin hacer la menor observación.

—En primer lugar,—dijo el emperador,—apresurémonos. ¿Puedes darme noticias del archiduque?

—¿De él ó de su ejército, señor?

—De ambos, si es posible.

—Sí: puedo hablaros de los dos. Un primo mío sirve en su ejército, y uno de mis cuñados es su ayuda de cámara.

—¿Dónde está el archiduque, y dónde el grueso de su ejército?

—Sin contar los cincuenta mil hombres del general Bellegarde, que se dirigen de Bohemia al Danubio, y que deben cañonearse, en Ratisbona, con el general Davoust, el archiduque tiene bajo su mano unos ciento cincuenta mil hombres; el pasado 10 de abril, al principio, con unos sesenta mil hombres franqueó el Inn.

—¿Puedes seguir en el mapa los movimientos que me indicas?

—¡Vaya que sí! ¡A Dios gracias, he ido á la escuela!

El emperador mostró con el dedo al espía el mapa extendido sobre la mesa.

—Busca, pues, el Inn en este mapa.

El espía sólo tuvo necesidad de echar una ojeada, y puso el dedo entre Passau y Tittmaning.

—Allí, en Braunau,—dijo,—el archiduque pasó el río; al propio tiempo, el general Hohenzollern, con unos treinta mil hombres, lo ha franqueado por debajo de Mulheim; en fin, otro cuerpo de unos cuarenta mil hombres, mandado... no sé deciros por quién —no se puede estar en todas partes, y yo estaba cerca del archiduque, á quien no perdía de vista—, ha vadeado el río en Scharding.

—¿Cerca del Danubio, pues?

—Precisamente, señor.

—Pero ¿cómo, habiendo pasado el Inn el 10, los austriacos no han avanzado más?

—¡Ah! Porque han quedado atascados, durante cuatro días, entre el Inn y el Isar; así, pues, hasta ayer no han pasado el Isar delante de Landshut, empezándose el tiroteo.

—¿Con los bávaros?

—Con los bávaros; únicamente que éstos, como sólo suman unos veintisiete ó veintiocho mil hombres, no han podido sostenerse, y se retiraron al bosque de Dürnbach.

—Así, pues, ¿sólo nos hallamos á una docena de leguas del enemigo?

—No tanto; pues desde esta mañana se habrá puesto en marcha. Cierto es que no se puede ir de prisa, cuando hay que atravesar una infinidad de riachuelos —como el Abens á la izquierda, el Grande y Pequeño Laber á la derecha—, bosques, ribazos, pantanos, y sólo se dispone de dos carreteras, la de Landshut á Neustadt, y la de Landshut á Kelheim.

—Le quedaba la de Eckmühl, que conduce más directamente á Ratisbona.

—Señor, he visto á las tropas austriacas internarse por aquellas dos carreteras, y sabiendo que V. M. debía haber llegado hoy á Donauwörth, y deseaba noticias, me vine y aquí estoy.

—Está bien. No me dices gran cosa; pero, en fin, me dices lo que sabes.

—Hágame V. M. otras preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre el espíritu del país, por ejemplo; sobre las sociedades secretas, sobre la Santa Vehme.

—¿Cómo! ¿Te ocupas también de esas cuestiones?

—Yo me ocupo de todo lo que concierne á mi estado.

—Pues bien: veamos qué es lo que piensan de nosotros en Alemania.

—Está exaltada contra los franceses, quienes, no contentos con batirla y humillarla, la ocupan y la devoran.

—Los alemanes no conocen el proverbio del mariscal de Laxe: «¡La guerra tiene que sustentarse con la guerra!»

—Sí, lo conocen; pero preferirían ser sustentados á sustentar á los demás. Se ha llegado á hablar, señor, de librarse de los príncipes, ya que no saben librarse de vos.

—¡Hola, hola! Y ¿por qué medios?

—Por dos medios: el primero, una insurrección general. Napoleón hizo un mohín de desprecio.

—Esto podría ocurrir, si fuera derrotado por el archiduque Carlos; pero...

—Pero... repitió el espía.

—Pero le venceré yo,—dijo Napoleón,—y, por consiguiente, la insurrección no tendrá lugar. Pasemos, pues, al segundo medio de librarse.

—El segundo, es una puñalada, señor.

—¡Bah! ¡No se mata á un hombre como yo!

—Mataron á César.

—¡Oh! Las circunstancias eran muy diferentes; además, para César fué una gran fortuna que le mataran. Tenía

alrededor de cincuenta y tres años, esto es, la edad en que el genio del hombre empieza á declinar; y había sido feliz siempre. «¡La Fortuna prefiere á los jóvenes!», como decía Luis XIV al señor de Villeroy; tal vez iba á volverle la espalda. Una ó dos derrotas, y César no hubiera sido ya un Alejandro: hubiera sido un Pirro ó un Aníbal. Tuvo la dicha de encontrar una veintena de estúpidos que no comprendieron que César no era un romano, que era el espíritu de Roma; mataron al emperador; ¡pero de la misma sangre del emperador nació el imperio! Tranquilízate: no tengo la edad de César; la Francia no es en 1809, lo que Roma el año 44 antes de Jesucristo: no me asesinarán, tío Schlick.

Y Napoleón se echó á reír de aquella cita histórica explicada á un campesino badense; bien es verdad que respondía menos á aquel campesino que á su pensamiento.

— Todo es posible, repuso Schlick;—pero no por ello he de llamar menos la atención de V. M. para que vigile las manos de los que se le acerquen demasiado, y sobre todo las que pertenezcan á los miembros de la Unión de Virtud.

—Yo creía que esas sociedades estaban extinguidas.

—Señor, los príncipes alemanes, y la reina Luísa sobre todo, las han vuelto á poner en vigor; de manera que, á estas horas, hay tal vez en Alemania, dos mil jóvenes que han jurado asesinaros.

—Y esa secta ¿tiene sus puntos de reunión?

—Sin duda; no sólo tiene sus puntos de reunión, sino también sus fórmulas, su iniciación, su divisa, sus signos de reconocimiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo soy.

Napoleón dió, á su pesar, un paso atrás.

—¡Oh! ¡No temáis, señor! Lo soy, como el escudo pertenece á la armadura: ¡para parar los golpes!

—Y ¿en dónde se reúnen?

—Por todas partes en donde haya un subterráneo ó una ruina; los alemanes son muy aficionados á lo pintoresco, ya lo sabe V. M., y mezclan la poesía en todo. Si V. M. va á Abensberg, verá el castillo antiguo —el ruinoso castillo que corona el monte y domina el Abens—; pues bien: en una de sus salas fuí recibido, hace ocho días...

—Bueno,—dijo Napoleón;—sin conceder á tu relato

más atención de la que merece, no lo olvidaré. ¡Vete! Cuidaré de que nada te falte...

Schlick saludó y salió por la misma puerta por donde había entrado.

Napoleón permaneció pensativo. —¡Una puñalada!—murmuró.—¡Tiene razón: se da tan pronto como se recibel El mismo Enrique IV preparaba una expedición contra el Austria cuando fué asesinado con una puñalada; pero Enrique IV tenía cincuenta y siete años; como César, había terminado su obra; yo no he terminado la mía, y además, los grandes infortunios no ocurren hasta pasados los cincuenta años. Aníbal, Mitridates, César, Enrique IV... Bien es verdad que Alejandro murió á treinta y tres años,—añadió;—pero morir como Alejandro no es una desdicha...

En aquel momento entró un ayudante.

—¿Qué hay?—preguntó Napoleón.

—Señor,—dijo el ayudante;—ha llegado un oficial del ejército de Italia, de parte del virrey. ¿V. M. desea verle?

—Sin duda; al instante,—respondió Napoleón.—¡Que entre!

—Entrad,—dijo el ayudante.

El oficial apareció en el umbral de la puerta, sosteniendo en la mano su tricornio.

Era un joven de veinticinco á veintiséis años, con el uniforme de oficial de Estado Mayor del virrey; esto es, traje azul con cordones de plata y el cuello bordado del mismo metal.

En cuanto á su físico, debía tener en sí algún rasgo muy particular cuando, al verle, Napoleón, que iba á dirigirle la palabra, enmudeció de pronto; luego, midiendo al joven de pies á cabeza: —¿Qué os proponéis con esta mascarada, caballero?—preguntó.

El joven miró á su alrededor para ver á quién se dirigía la interpelación; pero, viendo que estaba solo con el emperador: —Perdonad, señor,—dijo;—no os comprendo.

—¿Por qué lleváis este traje azul en vez del verde que llevabais hace un momento?

—Señor, desde hace dos años que tengo el honor de pertenecer al Estado Mayor de S. A. el virrey, y no he llevado otro traje que el que tengo el honor de llevar al presentarme ante vos.

—¿Cuándo llegasteis?

—Acabo de apearme, señor.

—¿De dónde venís?

—De Pordenone.

—¿Cómo os llamáis?

—El teniente Richard.

Napoleón miró al joven con más atención todavía.

—¿Traéis alguna carta de Eugenio que os acredite cerca de mí?

—Sí, señor.

Y el joven oficial sacó del bolsillo una carta con las armas del virrey de Italia.

—¿Y si os hubieran tomado esta carta,—preguntó Napoleón,—ó la hubierais perdido?

—S. A. me la hizo aprender de memoria.

—¡Ahora bien, caballero! ¿Queréis decirme en qué consiste que hace una hora llegasteis de Ratisbona en traje de cazador de la guardia, y llegáis, hace diez minutos, de Pordenone en traje de oficial de Estado Mayor de Eugenio? ¿Cómo, en una palabra, tenéis encargo de darme noticias de Davoust y del virrey de Italia?

—Dispensad, señor; pero ¿no dice V. M. que ha llegado hace una hora un oficial de cazadores de la guardia, de parte del general Davoust?

—Sí: hace una hora.

—¿De veinticinco á veintiséis años?

—De vuestra edad.

—¿Que se me parece?

—Hasta confundirse con vos.

—¿Y se llama...? Perdóneme V. M. si le interrogo, pero ¡estoy tan contento!

—Se llama el teniente Richard.

—¡Es mi hermano, señor! ¡Mi hermano gemelo! Hace cinco años que no nos hemos visto.

—¡Ah! Ya comprendo... Pues bien: vais á veros.

—¡Oh, señor! Un abrazo á mi querido Pablo y marchó al instante.

—¿Estáis en disposición de partir?

—Señor, espero el honor de recibir vuestras órdenes.

—Pues bien: id á abrazar á vuestro hermano y estad dispuesto á partir.

El joven, rebosando alegría, saludó y salió.

Al quedarse solo Napoleón, abrió la carta.

A las primeras líneas nublóse su frente.

—¡Oh Eugenio, Eugenio!—dijo.—Mi cariño por ti me ha cegado; buen coronel, general menos bueno, mal general en jefe... El ejército de Italia en retirada hacia Sacile,

¡toda una retaguardia arrebatada por culpa del general Sahu! —Otro á quien le pesa la guerra.— Por fortuna, no tendré necesidad del ejército de Italia... ¡Berthier! ¡Berthier!

El jefe de Estado Mayor apareció.

—He resuelto mi plan,—dijo Napoleón.—Preparad diez correos para llevar mis órdenes; que cada orden sea triple y se encamine á su destino por tres caminos diferentes.

IV

Las ruinas de Abensberg

En tanto que Napoleón despedía á diez mensajeros diferentes con las órdenes cuyos resultados veremos en seguida; en tanto que los dos hermanos Pablo y Luis Richard —que no se habían visto desde cinco años antes, y cuya sorprendente semejanza había dado ocasión al singular *quid pro quo* que hemos visto,— se echan en brazos uno de otro, con la ternura de dos hermanos que á cada instante puede separar para siempre una bala ó un casco de granada, digamos lo que ocurría en la ciudad de Abensberg, situada á siete ú ocho leguas de Ratisbona.

Cuatro jóvenes de diez y seis á diez y ocho años, pertenecientes el uno á la Universidad de Heidelberg, el otro á la de Tubinga, el tercero á la de Leipzig y el cuarto á la de Göttingue, se paseaban, agarrados del brazo, cantando la marcha del comandante Schill, que acababa de levantar en Berlín el estandarte de la revuelta contra Napoleón.

Al rumor del canto, otro joven de veinte á veinticinco años —sentado al lado de una joven de diez y seis años, que bordaba al tambor, mientras que su hermana, niña de nueve años, jugaba á muñecas en un rincón—, se inmutó, levantóse y se dirigió á la ventana.

En el momento en que pasaban los cuatro cantores, divisaron su frente, ligeramente pálida desde hacía un segundo, pegada al cristal, y le hicieron una seña imperceptible, á la que respondió también imperceptiblemente.

La joven, al ver que se levantaba, le siguió con la mirada con inquietud, y, por imperceptible que hubiese sido la seña con que contestara, la había observado.

—¿Qué tenéis, Federico?—le preguntó.